

El segundo de antes

El segundo de antes

Cristina Bou Ponce

El segundo de antes, 2018
Registro de la propiedad: 2020-A-2466
ISBN: 978-956-401-707-5
Autor: Cristina Bou Ponce
Maquetación: Pilar G. Cortés
Ilustración de portada: Giselle Roca
Corrección: Paloma del Castillo
Reservados todos los derechos

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del autor, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta mediante alquiler o préstamo públicos.

Este es un libro de ficción que no está basado en personas reales, aunque algunos de los hechos que se mencionan sí son históricos, como la Riuá de 1957.

A Pablo,
Por comerse la tortilla de patatas, por hablarme de un
cuchillo y por descubrirme Bejís.
A mi tío Paco, que se sacó un conejo de la camiseta y me
maravilló de por vida.

Sigue los capítulos con su banda sonora en la playlist *El segundo de antes*, en Spotify:



Más sobre mí y sobre la novela en mi página web
Cristina Bou Ponce:



o en mis redes sociales: Facebook



Twitter



Instagram



Índice

Prólogo	13
1. Bicicletas Durán.....	15
2. El horno de la Soledad.....	23
3. El episodio del perro.....	29
4. <i>The Unforgiven</i>	39
5. Luna llena.....	47
6. Las moras.....	¡Error! Marcador no definido.
7. Después.....	¡Error! Marcador no definido.
8. La piedra en la ventana.....	¡Error! Marcador no definido.
9. Bajada de tensión.....	¡Error! Marcador no definido.
10. La propuesta.....	¡Error! Marcador no definido.
11. La casa del pueblo.....	¡Error! Marcador no definido.
12. Composturas.....	¡Error! Marcador no definido.
13. Haz lo que quieras.....	¡Error! Marcador no definido.
14. La Riuà.....	¡Error! Marcador no definido.
15. La noticia.....	¡Error! Marcador no definido.
16. Señales del universo.....	¡Error! Marcador no definido.
17. Despertar.....	¡Error! Marcador no definido.
18. La puerta giratoria.....	¡Error! Marcador no definido.
19. Encuentros inesperados.....	¡Error! Marcador no definido.
20. Duermevela.....	¡Error! Marcador no definido.
21. <i>Seven Eleven</i>	¡Error! Marcador no definido.
22. Rehabilitación.....	¡Error! Marcador no definido.
23. Merengue con almendras.....	¡Error! Marcador no definido.
24. <i>Auryn</i>	¡Error! Marcador no definido.
25. Volver.....	¡Error! Marcador no definido.
26. De brujas y demonios.....	¡Error! Marcador no definido.

27. Esquirlas rojas y argamasa.....;Error! Marcador no definido.
28. Dibujos marrones..... ;Error! Marcador no definido.
29. Herencia familiar. ;Error! Marcador no definido.
30. Milagros. ;Error! Marcador no definido.
31. Casa Picó..... ;Error! Marcador no definido.
32. La visita..... ;Error! Marcador no definido.
33. Señales del universo..... ;Error! Marcador no definido.
34. Después. ;Error! Marcador no definido.
35. Fin de Fiesta. ;Error! Marcador no definido.
36. Aquella noche..... ;Error! Marcador no definido.
37. Año nuevo. ;Error! Marcador no definido.
38. Aquella mañana. ;Error! Marcador no definido.
39. Epílogo. ;Error! Marcador no definido.
- APÉNDICE: RECETAS... ;Error! Marcador no definido.
- AGRADECIMIENTOS.... ;Error! Marcador no definido.
- BIBLIOGRAFÍA ;Error! Marcador no definido.
- SOBRE LA AUTORA ;Error! Marcador no definido.
- Y por último, tengo que pedirte un favor. ;Error! Marcador no definido.

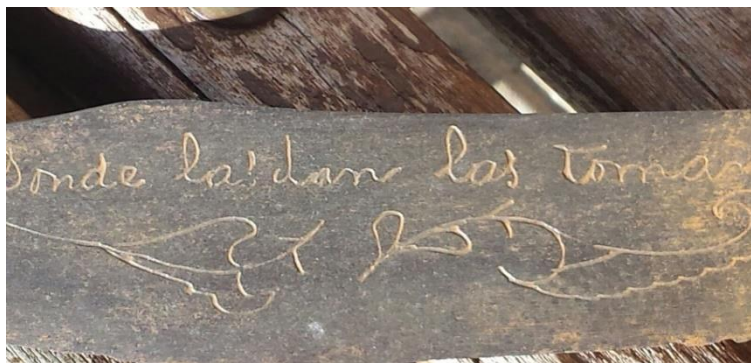
Prólogo

Hace muchos años, tantos que ni me acuerdo del momento exacto, mi buen amigo Pablo del Río me contó una historia sobre Bejís —Castellón—, su pueblo y lugar al que yo profeso un especial cariño.

Unos vecinos suyos decidieron ampliar la cocina y para ello tuvieron que picar una de las paredes que, hallándose la casa pegada a la montaña, era de roca maciza. Comenzaban apenas las obras cuando, para sorpresa de toda la familia —y me atrevería a decir que del pueblo entero—, encontraron un cuchillo emparedado en la piedra; un cuchillo en cuyo filo está escrita, con cierta filigrana, la siguiente leyenda: «Donde las dan las toman».

En la actualidad, el cuchillo se encuentra en el museo Etnológico de Bejís, en el rincón dedicado a la Matanza del Cerdo. José Antonio Lázaro y la Corporación Cultural de Bejís tuvieron la amabilidad de cederme las siguientes fotografías:





Museo Etnológico de Bejís, Castellón

Durante mucho tiempo, al igual que aquel cuchillo enterrado en la pared, esta anécdota estuvo durmiendo en uno de mis cuadernos, esperando paciente su oportunidad de ver la luz.

Bien se dice que, al final, todo llega.

Ni que decir tiene que las escenas mencionadas en esta novela son pura fantasía, y, aunque muchos de los hechos históricos descritos son verídicos —como la riada en octubre de 1957 que destruyó el Molino del Chinchorrero—, la mayoría de lo narrado es solo fruto de mi imaginación. Ni las personas ni los hechos son reales ni están basados en nadie que en algún momento pisara los adoquines de Bejís.

Quizás nunca sepamos la verdadera historia del cuchillo de Bejís. Quizás de verdad fuera utilizado para la matanza del cerdo, y la inscripción solo corresponde a una broma de escaso gusto.

O quizás no.

Curicó, Chile, febrero 2018

1. Bicicletas Durán.

Valencia, 2012

Max levantó la persiana, encendió las luces y miró a su alrededor. La nueva tienda le parecía una mierda. Todos los días.

Eso sí, una mierda situada de manera impecable en la muy transitada y burguesa avenida de Blasco Ibáñez. Otra de sus irritantes diferencias con la Bicicletas Durán original, cuyo emplazamiento inicial había sido el barrio obrero de Marchalenes, en una calle tan escondida y corta que apenas duraba tres vueltas de rueda.

Dos grandes cristaleras permitían que los rayos de sol rebosaran cada rincón, aumentando la sensación de amplitud de la ya de por sí diáfana tienda. La luz blanca del Mediterráneo creaba destellos sobre la pintura inmaculada de las bicicletas, exhibidas junto con complementos y ropa técnica en un obscuro orden milimétrico. No así aquel día, el sexto que llevaban de gota fría.

Al pasar junto al perchero de las chaquetas, Max rozó con la mano las prendas para desordenarlas. Tanta perfección le ponía de mal humor. Echaba de menos la peculiar atmósfera proletaria y superpoblada del anterior local. Con la mudanza habían perdido la esencia, el encanto. Eso decía Max. Sin embargo, Julián, su padre y

dueño oficial del negocio, estaba encantado. Más amplitud, más mostrador, más orden para los repuestos. Y más visibilidad. Pura estrategia de mercado.

No solo la zona de exposición era mejor: también lo era el taller. Ahora tenían dos espaciosas áreas de trabajo; dos bancos que, a Max, acostumbrado a trabajar literalmente codo con codo con su padre, se le antojaban monstruosos. Al encender los tubos de neón de la trastienda aquel nublado día de noviembre, y ver las dos copias de herramientas dispuestas en cada banco, pensó que nunca más harían una carrera para ver quién llegaba antes a cierta llave Allen, y eso le entristeció. Bajó la vista al impoluto suelo de terrazo gris claro, y se recordó jugando con cochecitos entre los pies de su abuelo, sobre las horrorosas baldosas con geométricos diseños marrones y amarillos del anterior local. Negó con la cabeza.

«Mierda».

Hay recuerdos que atesoramos, que terminan inevitablemente distorsionados de tanto sacarlos de su caja de zapatos, como una película de vídeo antigua que acaba rayada de tanto ponerla. Aquellas estanterías que trepaban orgánicas hasta el techo, repletas de tesoros; cajas y cajas rebosantes con las piezas mecánicas más increíbles, todas ellas esperando que las desenterraran para cumplir su función en aquel lugar ordenado según un código que solo su padre y su abuelo parecían saber, constituían el recuerdo más feliz de su infancia. De vez en cuando su abuelo le pedía que sostuviera esto o aquello, o que le ayudara a detectar un pinchazo en una cámara, y él corría encantado, creyéndose indispensable. El padre de Max ya estaba por aquel entonces a cargo de casi todo el negocio, y su abuelo quería ver en él y en su paciencia para armar

de manera metódica dos batallones con chapas de Coca-Cola, el siguiente eslabón de la cadena.

«Café».

Cerró la puerta de cristal que comunicaba el taller y la tienda y se fue a la cocina, que no era más que un trozo de banco donde se apelotonaban una cafetera, un microondas y una mininevera de la época de la glaciación que se trajeron del anterior local, a insistencia de Max. En días extrañamente invernales como aquel, le reconfortaba sostener su taza de café con leche mientras organizaba las tareas del día y la calefacción comenzaba a funcionar. Observó a cámara lenta el despertar de las paletas del aire acondicionado y chasqueó la lengua. Bicicletas Durán original se calentaba encendiendo una cerilla.

Tenía la cabeza y el ánimo tan nublados como el cielo. Para contrarrestar la sensación de nostalgia que le invadía hizo sonar a los Red Hot en el ordenador. Lástima, la primera canción, *Under the Bridge*.

—En serio, ¿qué es esto? ¿Una conspiración? ¿Canción más depresiva no había? —dijo en voz alta mientras pasaba a la siguiente.

Al oír los primeros golpes de batería de 1970 de los *Smashing Pumpkins* resopló con fuerza. La canción era igual de depresiva, pero más apropiada; la letra hablaba de la rutina, de los amigos de siempre, de quedarse sin nada más que hacer que jugar al tenis con los verbos ser y estar.

Dio otro sorbo al café, cogió el aerógrafo e hizo crujir sus nudillos.

Volteándola con tanto cuidado como si de un enfermo inmovilizado en una cama de hospital se tratara, Max dispuso aquella *Orbea* de paseo justo debajo del neón. Con la pericia y cuidado de un artesano de violines,

comenzó a tatuar la constelación de Casiopea por todo el cuadro de aquella preciosidad *vintage*.

Tunear las bicicletas era un lucrativo servicio que había empezado el propio Max a los dieciséis, cuando un cliente entró en la antigua tienda y vio la franja roja que con pulso de cirujano le estaba dibujando a su propia bicicleta, por aquel entonces una *Giant* negra. Aquel hombre le preguntó si podría pintarle algo también en la suya: en concreto un rayo. Max se encogió de hombros y miró a su padre, que asintió mientras barajaba cuánto deberían cobrar por un trabajo así. El cliente quedó tan impresionado con el resultado que a la semana siguiente llevó a todos los miembros de su peña ciclista, y cada cual encargó su correspondiente apodo. Julián olió como buen sabueso el negocio y en menos de dos días ya había un cartel en la puerta que rezaba «*Customizamos* tu bicicleta para que sea tan única como tú».

Max se frotó los ojos con el dorso de la mano enguantada. Había un único punto a favor respecto del anterior local: ver a diario el árbol de su abuelo. Desalineado y estridente frente al estándar matemático de los setos del jardín que ejercían de mediana en la avenida, se imponía un ficus gigante, de unos ciento veinticinco años, tal vez más. Su abuelo, en sus paseos dominicales a la Malvarrosa, lo saludaba con deferencia, como a un viejo amigo, y él había conservado la tradición en su camino diario. Julián no le esperaba; la visión del árbol le anudaba la garganta. Max se detenía unos segundos, y al poco tiempo daba alcance a su padre. Después, juntos, seguían su silencioso camino hasta casa. Almuerzo, café, y vuelta para la tienda, por el mismo camino siempre. Hacia las siete Max solía salir, si no había mucho trabajo, y se iba para El Rufus.

El Rufus era el bar de toda la vida del barrio donde había vivido toda la vida, y en el que se juntaba con sus amigos de toda la vida. Si no tenía gimnasio, sobre las ocho llegaba Elia, su novia. Llevaban juntos tres años, y eso a los veinticinco es toda la vida.

Max pasó aquel día de noviembre terminando el pedido que le había robado demasiadas horas de sueño durante la última semana. «*Maldita manía de en una semana lo tienes, papá*», pensó. Sobre las siete, hizo crujir el cuello y decidió que ya estaba bien. Apagó la luz del flexo y partió rumbo a la mesa de siempre.

Miraba al infinito mientras esperaba que el camarero le sirviera el doble nuestro de cada día. Se restregó los ojos una vez más y se desperezó. Dos moscas se perseguían en la mesa atraídas por el olor a cerveza de la madera que, aunque limpia, rezumaba el aroma de años de vasos chocando. Alzó la voz para que el camarero pudiera oírle, justo antes de que el dorado líquido besara el cristal del fondo del vaso.

—Carlitos, mejor ponme un café cargado.

Las moscas revoloteaban y, pese a ser unos insectos tan poco agradecidos por la madre naturaleza, Max apreció la gracilidad en sus juegos, preludio de alguna actividad amorosa. *The Scientist* sonaba en los altavoces del bar, como si la triste canción aspirara a ser la banda sonora del romance de los bichos. El revoloteo le entretuvo, y hasta le empezaba a parecer romántico aquellos dos cuerpos peludos llenos de ojos tratando de conquistarse, cuando las manos de su amigo Sento dejaron cuidadosamente una caña y un plato de quicos sobre la mesa. Llevaba todavía el mono de mecánico puesto y cierto grado de tizne en la cara. Se sentó, y antes de saludar, mató de un manotazo a

las moscas, quienes ajenas a su cercano fin hacían el amor apasionadamente.

—¿Por qué has hecho eso? —se quejó Max sin pensar.

—¿Eh? ¿El qué he hecho? —preguntó Sento mirando la pantalla donde daban el fútbol.

—Has matado a las moscas de un manotazo.

—Ya ves, ¿eh? Como un ninja ¡wooooooyaaaa! —y acompañó su ridículo gritito con un movimiento de brazos que a Max le hizo pensar en los *Locomía*.

Consideró preguntarle cómo se hubiese sentido él si en el momento de subirle por fin la falda a Estefanía un bofetón le hubiese rebotado en toda su cara, pero resopló y se limitó a negar con la cabeza. Pensándolo bien, y considerando que la esperanza de vida de la mosca es como mucho de dos semanas, no era tan mala forma de morir. Bebió un sorbo del café y estiró la espalda. Estaba reventado. Había estado trabajando a contrarreloj durante varios días para entregar el dichoso pedido, y los calambres en los riñones lo atestiguaban.

El chasquido de unos dedos delante de sus ojos le sacó de su ensimismamiento.

—Nano, cada día estás más *empanao*.

Sento le miraba por encima de la cerveza, esperando respuesta a una pregunta que él no había oído.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—*Joer...* Que si sabes si va a venir alguien más —le dijo masticando ruidosamente un par de quicos.

—No sé. No he hablado con nadie y Elia tiene gimnasio, creo.

—Y oye, ¿no me acompañarías al centro? Tengo que recoger un encargo en una tienda, un mapa. Se lo voy a regalar a Estefanía por su cumpleaños. —Sento sonrió

como un niño que ve al camarero traer su helado con bengalas.

—¿Un mapa? ¿Y lo has tenido que encargar? —le dijo Max dándole vueltas al poso del café.

—¡Es que no es un mapa cualquiera! Es un mapamundi así todo guapo bien grande, para la pared de su cuarto. ¿Has venido en plan Indurain?

—No, llevo la carraca.

—Pues vamos en tu coche, que el mío está en el taller.

—Tu coche está más en el taller que tú —replicó Max.

—Qué quieres, nano, es viejo... A ver si ahorro y lo cambio.

—El mío también es viejo y funciona mejor que un reloj suizo.

—«El mío *mimimimi*, soy el señor don perfecto». ¿Me acompañas o no?

A Max no le hacía ninguna gracia coger el coche para ir al centro, donde no se podía aparcar nunca y posiblemente la circulación fuera un caos debido a la lluvia. Por un segundo, pensó en decirle que mejor lo dejaban para otro día.

Por un segundo.

Un segundo que lo cambió todo.

Sin embargo, terminó su café y arrastró las vocales.

—*Vaaamoossss* a por el regalo de tu futura *noviaaaaa*. Pero si al final consigues que se le escurran las... barreras, me tienes que invitar a una cerveza.

—Hecho. —Y Sentoapuró su doble de un trago.

2. El horno de la Soledad.

Bejís, 1957

Unos dos kilómetros antes de llegar a Arteas de Abajo, una higuera enorme y huérfana le saludaba en su camino diario hacía el molino Fuente Masía, también conocido como Del Chinchorrero. Si por razones de catastro la higuera pertenecía al dueño del huerto contiguo, Max y su saco de arpillera lo desconocían, y tampoco se molestaron nunca en averiguarlo.

A la vuelta del turno, o bien a primera hora si era domingo, daba siempre un rodeo al pueblo con su bicicleta oxidada y se pasaba por el horno situado frente a la Iglesia Parroquial. No tenía ningún cartel con su nombre, pero todos lo conocían como el Horno de la Soledad. La razón no era poética sino nominal; Soledad había sido la matrona del lugar, hasta que había fallecido bastantes años atrás.

Aquella mañana del uno de septiembre no fue una excepción para el paseo de Max. A pesar de lo temprano de la hora, el sol se encargaba de exprimir cada poro de piel, como viene siendo su costumbre en el Mediterráneo aún en el interior de la región. Una vez dejó la bicicleta apoyada en la pared, se secó la frente empapada con el antebrazo, se quitó la gorra e intentó sin éxito domar los mechones de su pelo castaño revuelto. Cogió la bolsa del

pan, sacó de dentro un ramillete de genistas y rabanizas de roca atadas con una rama de romero y entró en el horno.

—Buenos días, Cayetana. Qué buen día hace, ¿verdad?

—Buenos días, Maximiliano. ¿Cómo estás hoy? ¿Te ha dado tiempo ya a sisar algo de los huertos ajenos? —saludó con desdén todavía de espaldas.

Poco le importaba que Cayetana se girara cada vez que lo veía acercarse. Al contrario, le encantaba ver su pelo color caramelo recogido en un moño, el perfecto lazo blanco del delantal ciñendo su talle fino, sus hacendosos brazos de piel perlada ordenando el curtido y ajado mostrador, aquel que pedía a gritos una jubilación, y que, como tantas cosas en aquel viejo horno, seguía aguantando jornadas eternas de trabajo.

—Chis, qué cosas más feas me dices, yo no hago eso. En todo caso recojo algún fruto medio podrido del suelo, pero por apartarlo del camino.

—Seguro.

—Anda, con lo bonita que tú eres, no me pongas esa cara de enfurruñada, mira lo que te he traído. —Y sujetándolo con las dos manos, como si pesara una tonelada, le tendió el improvisado ramo por encima de la barra.

—Preciosas —dijo Cayetana sin parpadear ni dirigirles una segunda mirada—. Venga, que no tengo todo el día, ¿dos de cuarto?

Dentro, en el obrador, Don Julián resopló al escuchar que Max le había vuelto a traer flores a su chiquilla. Se secó las manos en el mandil y se dispuso a espantarlo. No es que aquel mozo le cayera mal; sabía a ciencia cierta que era buen chico, aunque se prodigara más por el casino que por

la iglesia. Su familia era trabajadora, naturales de Bejís desde hacía varias generaciones. Severino, el difunto padre de Max, había sido su amigo desde la escuela parroquial. Todo eso estaba bien, pero no quería aquel mochuelo rondando a su Cayetana, menos aún los días que Bertomeu Beltrán tenía pendiente pasar a por algún encargo. Al igual que el resto del pueblo, sabía que el primogénito de los Beltrán también se había fijado en su pequeña. Y qué duda cabía de que era mejor partido. La familia Beltrán era una de las más adineradas del Alto Palancia, dueña de la empresa que transportaba casi todas las cosechas de la comarca. Un negocio que siempre había ido y seguiría yendo viento en popa en el futuro, a pesar de que las malas lenguas contaban que Mariano Beltrán no se fiaba de su hijo lo suficiente para pasarle el timón.

Las escasas cadenetas que todavía sobrevivían de la cortinilla de metal del obrador se estremecieron ante la contundente y voluminosa figura que emergió con un bufido de entre ellas. Don Julián levantó su mentón hacia Cayetana con desaprobación, dispuesto a mandarla para dentro con un gesto de sus canosas cejas. Se encontró de frente su sonrisa inocente de diecisiete años recién cumplidos, con su pelo lacio recogido en un moño, y la onda de su flequillo enmarcando su mirada profunda pero limpia. Qué hermosa era, igual que la Soledad cuando joven. Y además bien lista, que llevaba ella solita todas las cuentas del horno.

El orgullo de padre le traicionó y le hizo esbozar una sonrisa, cosa que Max interpretó como un saludo.

—Buenos días, Don Julián, le decía a su hija que hace una mañana estupenda —saludó con la gorra en la mano, mientras se esforzaba en clarificar su mirada de malos pensamientos.

El padre de Cayetana giró su cara y mudó la sonrisa traicionera en ceño fruncido.

—No sé qué mañana hace porque llevo desde las tres de la madrugada encerrado. ¿Te ha despachado ya la Cayetana? —apresuró.

—A eso iba padre, me pedía también una torta de nueces y pasas, el Maximiliano. ¿Que quedará alguna? —aletearon sus ojos marrones de cervatilla.

—¿Torta? —Don Julián se rascó la cabeza. El muchacho nunca se llevaba nada que no fuera el pan, salvo algún pastel ocasional en días señalados—. Voy a ver, ahora salgo.

—¿Quiere que vaya yo, padre? —volvió a preguntar servicial Cayetana.

—No, no te preocupes, ya voy yo —dijo sin apartar la mirada de Max, que amarraba la gorra entre las manos y lucía una sonrisa tatuada.

El aire de inocente animalillo se esfumó en cuanto su padre desapareció en el interior del horno, y su rostro imitó la mirada de miura de su progenitor.

—Ahora mismito te llevas las flores, que contento tengo yo a mi padre con tus galanteos.

—¿Por qué? Si solo son unas florecillas de nada, además de tu color preferido. Anda, dame las dos barras de pan. La torta no me gustaría llevármela, pero si te queda algún pastel de besos...

—¡Pero bueno! ¡Serás descarado! ¡Un pastel de bofetadas es lo que te vas a llevar un día! —y levantando el mentón metió las dos barras en el saco.

Cayetana fruncía el ceño, pero a Max no se le pasaron por alto sus mejillas, que una vez más se habían sonrosado en su presencia.

—Cayetana, te has puesto roja. Eso es que te gusto un poquito —dijo mientras apoyaba el antebrazo con la camisa arremangada en el mostrador, y la enfocaba con su mirada añil.

—¿Gustarme tú? Me ves roja porque por si no te has dado cuenta, listillo, trabajo en un horno. Y eso es lo que tendrías que hacer tú, trabajar. —Y de un golpe seco plantó la bolsa del pan en el mostrador, partiendo las barras.

—Tienes delante al currante número uno del molino, bien lo sabes. Pero los domingos hay que honrar al Señor y todo eso.

Cayetana soltó un bufido irónico.

—Será por lo que se te ve a ti por la iglesia. El día que vayas a confesarte vas a tener al cura veinticuatro horas despierto.

—Qué mala e injusta prensa tengo. Todo calumnias. Pero bueno, aprovechando que has sacado el tema del domingo, esta tarde no abris el horno, ¿verdad? ¿Te vienes conmigo a dar una vuelta por la plaza? —e inclinó un poco más su torso por encima del mostrador.

Un golpe seco corrió la cortinilla de metal, haciéndola tintinear. Con pasos lentos se situó Don Julián delante de Max, quien vio sus fuertes brazos acostumbrados a apalear la masa del pan apoyarse a escasos centímetros de su cara, y no pudo evitar tragar saliva ante la perspectiva de semejante manotazo.

—No quedan tortas —le espetó Don Julián.

Si su cara seguía todavía intacta es porque el padre de Cayetana no debía haber oído su propuesta. Ella disimulaba ordenando las barras de pan a su espalda, y Max suspiró aliviado.

—Bueno, no pasa nada, me llevo las dos de cuarto solo. Ahí les dejo las perras.

—Saludos a tu madre —dijo Don Julián como despedida, mientras su hija desaparecía en la trastienda.

Max se pasó la mano por el pelo, se calzó la gorra y salió del horno. Echó una última mirada al interior protegido por la visera, en tanto montaba en el roído sillín, y divisó a Cayetana al fondo, arreglando las flores en un jarrón. «*Un poquito sí que le gusto, sí*», y se encaminó hacia su casa por la bajada de Pedro Bustamante silbando la última copla de Concha Piquer.

Justo antes de doblar la esquina vio al fondo de la Calle Caballeros a Berto, vestido de domingo, con pañuelo en la solapa incluido. Arrugó la nariz. Faltaba por lo menos una hora para la misa de doce, por lo que claramente se dirigía a ver a Cayetana.

Escupió al suelo. Su mirada azul encontró su camisa, amarilleada por los años, y su pantalón desgastado. «Bah, no tiene nada que hacer contra ti», se animó a sí mismo, mientras su nuez se movía para tragar el exceso de saliva que de pronto había inundado su garganta.

3. El episodio del perro.

Max decidió ignorar las ganas de pelea que de pronto le habían entrado, y encaró la bicicleta para la bajada que llevaba a su casa. De repente, revuelos y vítores inundaron la plazoleta. Los quintos, rodeados por toda la chiquillada del pueblo, llegaban con escaleras y banderines de papel desde la calle del Ayuntamiento.

En menos que canta un gallo comenzaron a invadir la vía y a tirar cuerda entre los balcones, mientras interpelaban a las jóvenes que se asomaban a las ventanas, vigiladas más o menos suspicazmente por sus madres. Los mozos, la mayoría buenos amigos de Max, les dirigían piropos y sonrisas a todas, sin excepción. Cuando alguna madre se asomaba, corría la misma suerte, solo que tratándolas de usted. Aliviaban el calor del verano con varios porrones de vino y gaseosa, y algún que otro botijo de agua.

Max también había participado en la organización de las fiestas cuatro años atrás, cuando le tocó ser quinto. Fue uno de sus mejores veranos, justo antes de hacer el servicio militar. Lo recordaba con mucho cariño y una sonrisa en los labios. Aunque quizás recordar no fuera la palabra correcta.

—¿Qué hay, majos? ¿Ya de preparativos? —les saludó, apoyando la bicicleta en una de las paredes de la plaza.

—¡Claro! Si estamos ya a uno de septiembre. ¡El fin de semana que viene las fiestas! —contestó Felipe desde lo alto de una escalera.

—A vosotros no os desanima ni el calor.

—Para eso tenemos los porrones; ¡Toni! Pásale el porrón a Max para que se refresque —dijo mientras sujetaba una cuerda a una farola.

—Estoy bien, gracias.

—Hombre, algo acalorado sí que vendrás, que te he visto salir de donde la Cayetana —le respondió Toni con un guiño.

Max se rio y encogió los hombros. Tomó el porrón de vino que el chaval le tendía con una sonrisa pícara.

—¡A vuestra salud! —Y dio un trago de maestro, con el líquido haciendo una parábola perfecta y sin derramar una gota.

—Caramba, un poco pronto para darle ya, ¿no, Maximiliano?

Max se atragantó al oír la voz a su espalda, y aunque se echó para adelante no pudo evitar que el chorro le dejara una buena mancha en la camisa blanca. Se limpió la barbilla con el dorso de la mano en tanto se giraba despacio.

—Buenos días, Bertolín, que *mudao* vas a estas horas. ¿Las flores son para mí? Qué detalle; no tenías que haberte molestado.

Berto sonrió con los labios apretados, con la comisura derecha volcada hacia abajo. Un mechón rubio se movió en su impecable peinado.

—Tampoco tan mudado... Aunque ya sabes, domingo, es normal ponerse lo mejor que uno tiene. Como tú, ¿no?

Con un movimiento lento y estudiado extrajo de una pitillera metálica un cigarrillo rubio americano, de esos que los demás solo podían oler en las películas. Golpeó el extremo dos veces contra la plateada superficie y lo encendió mientras miraba a Max a los ojos. Inspirando el humo, dijo:

—Perro sarnoso.

—¿Qué has dicho? —escupió Max dispuesto a lanzársele encima.

Berto señaló tranquilo con la mano que sujetaba el cigarro hacia el fondo de la calle.

—He dicho que hay un perro sarnoso. —Exhaló la siguiente bocanada de humo hacia la cara de Max y se mordisqueó levemente el labio inferior, dejando entrever la punta de la lengua y un hilillo de saliva. Una sonrisa se asomó en su mirada—. A ver si lo veo luego cerca de mi casa.

Max se irguió y sintió los abdominales contraerse. Se volvió a su pesar hacia donde había señalado Berto y vio un chucho callejero olisquear la calle. Desde que recordaba, Berto y él se habían llevado mal, pero todo había ido a peor desde lo que pasó a conocerse en el pueblo como el «episodio del perro».

Debía tener unos diez años. Aquella mañana de sábado, paseaba cerca de la subida al castillo jugando a chocar piedras. Venía oyendo unos gritos agónicos desde que había comenzado a subir la pendiente, pero no sabía a qué o a quién podían pertenecer, solo que le recordaban a los chillidos de los gorrinos en la matanza del cerdo. Amarraba con fuerza en el puño una de las piedras, por si

acaso, pero seguía caminando, dispuesto a averiguar de dónde provenía ese chirriante sonido.

Cuando giró a la altura del nogal de mitad de la cuesta, divisó a Berto agachado a una de las orillas del sendero junto con dos de sus usuales acólitos, rodeando un tronco de un quejigo¹. Uno de ellos, Pedrito Galán, cuya planta no correspondía con su apellido, se apartó un poco, y Max pudo ver que tenían algo atado al árbol. Algo que se movía, que lloraba. Algo que chillaba.

Tan atareados estaban los tres en sus tejemanejes que no repararon en su presencia. Max subió el tramo restante de la cuesta lentamente, acercándose con sigilo. Veía los movimientos secos de los brazos de Berto, quien era jaleado por sus compañeros de andanzas.

Apenas le separaban del aquel extraño aquelarre diez metros cuando acertó a discernir el origen de los lloros. Un perro pequeño, posiblemente un cachorro, se retorció bajo las manos de Berto. Entrecerró los ojos, intentando vislumbrar qué era lo que éste sostenía entre esos delgados dedos de pianista. La luz del sol que se colaba entre las hojas del árbol relampagueó de pronto cuando una vez más Berto alzó la cuchilla.

—¿Qué carajo estáis haciendo?

Como movidos por un resorte, los tres se levantaron a la vez, creyéndose pillados en su crimen por algún adulto. Al encontrarse con Maximiliano Durán de pie delante de ellos, sus escuálidos hombros se relajaron.

—Ah, Max, eres tú —resopló Pedro.

Max dio un paso al frente y vio las salpicaduras de sangre en la tierra.

—Pero qué... ¡Soltadlo ahora mismo!

¹ Roble valenciano

Berto se adelantó a los otros dos, y, miró a Max a los ojos, mientras rodaba el filo entre los dedos.

—Lárgate, nenaza, antes de que te ate como al perro.

—Eres un desgraciado, Berto. Suéltalo.

—«Oh, Berto, suelta al perrito o me pongo a llorar».

Maricón.

Max bajó su vista hasta el maltrecho can, que gemía e intentaba lamerse las heridas.

—¿Por qué estás haciendo esto, por qué estás cortando a ese pobre animal? —dijo con la rabia y la incomprensión colándose por la garganta.

—Porque me da la gana, porque puedo, y porque me muero de risa cada vez que escucho como chilla... Mira, ahora que lo pienso, me recuerda un poco a ti, a aquel día en que te abrí la cabeza en la guerra de piedras del patio. Hace tus mismos quejidos. «Mamaaa».

Max cerró los puños y miró a los otros dos.

—¿Y vosotros? ¿Esto os parece bien, torturar a un cachorro atado?

Pedro mantenía la cabeza gacha; Fernando, se miraba las manos.

—Que no te enteras, Maximiliano, que no es tortura, es arte. ¿No has visto *El perro andaluz*? —Los ojos de Berto brillaban y permanecían bien abiertos, rememorando las imágenes—. Mi padre tiene un amigo que trabaja en un cine de Valencia, y hace un tiempo me la dejó ver. Ahí sale como le cortan un ojo a una fulana... Es... Es... —buscó sin encontrar el adjetivo adecuado, mientras se humedecía con la lengua las comisuras secas de sus labios.

Max frunció el ceño, sin saber de qué hablaba Berto.

—Estás *chalao*, Berto. Te lo advierto: suelta al perro ahora mismo.

—Desaparece de mi vista, mariquita, todavía me queda diversión para rato.

—¿Así es como tú te diviertes? —Max escupió al suelo—. Pues creo que yo me voy a divertir un rato partiéndote ese careto de niño rico —dijo mientras avanzaba amenazante hacia él.

Berto no se movió, aunque basculó el peso de pierna. Cuando Max llegó a un metro de él, blandió la cuchilla en alto.

—Quieto o te rajo, muerto de hambre —susurró con voz calmada.

—Si tienes huevos lo intentas, Bertolín.

Max le lanzó un derechazo, para aprovechar el factor sorpresa, siguiendo las enseñanzas de su tío Amancio, conocido por sus bregas en el bar, quien de bien pequeño le había dado uno de los mejores consejos que Max recibió en su vida: «Aunque luego te sacudan hasta quitarte el hipo, la primera se la han *llevar*».

Berto intentó parar el golpe con el brazo izquierdo, pero no lo consiguió y el impacto del puño fue a parar directo a su ojo. Le dolió más de lo que jamás hubiese pensado, y, por un momento quedó aturdido viendo chispas de colores. Justo antes de que el segundo ataque se estrellara contra su estómago, recordó lo que sujetaba en su mano derecha. Se echó para atrás de un salto encogiendo la barriga, esquivando así el segundo golpe, mientras proyectaba su mano hacia la cara de Max.

Instintivamente, el antebrazo de Max se interpuso entre el filo y su cara, recibiendo un corte profundo desde la muñeca hasta el codo. Cayó de rodillas con un grito al sentir la mordida del acero penetrando en la piel y rompiendo las fibras de su carne pueril.

Berto rio con jolgorio al ver el músculo de su oponente abrirse como si de un filete en la carnicería se tratara. Sabía que tenía poco tiempo, porque en una pelea a puñetazos estaban a igualdad de condiciones. No era la primera vez que se medían. Se apartó los mechones rubios de la cara y le pateó con todas sus fuerzas en el estómago y en el pecho. Una de las patadas alcanzó a Max en la garganta, bloqueándole la laringe y con ello el paso del aire. Max se dobló sobre su tronco, incapaz de protegerse ante la lluvia de puntapiés, boqueando como una trucha en una cesta de mimbre.

Berto se acuclilló a su lado, y le estiró del pelo forzando su cabeza hacia atrás. Con la mano izquierda, imitó el ruido de un avión acercando la cuchilla a escasos centímetros de sus pupilas.

—Te voy a dejar esos ojitos azules tuyos a trocitos.

Max intentó zafarse de su contrincante, pero Berto se había sentado encima de él y le sujetaba con las piernas.

—Berto —balbuceó Pedro—. Qué haces macho, déjale...

—De eso nada... ¿No tenéis curiosidad? Yo sí. Veamos cómo de reales son las imágenes de la película.

Max vio como los dedos de Berto se movieron en dirección a su ojo y se convulsionó, intentando escabullirse. Pero apenas si conseguía respirar, y Berto le tenía atrapado con el peso de su cuerpo. La cuchilla se acercaba, y Max, durante un eterno segundo y por primera vez en su corta vida, tuvo miedo al dolor y a la muerte.

—¡Eh, que está pasando ahí!

Quiso la suerte que los campesinos que cruzaron aquel camino fueran de un pueblo vecino, con lo que no tenían ni idea de quién era hijo aquel rubio flacucho que levantaron en volandas y que blandía una cuchilla de

afeitar contra el niño moreno. Los llevaron a todos a la caseta del alguacil para que llamara a sus padres, porque les pareció que la escena que habían presenciado no se podía dejar pasar como una pelea cualquiera de chiquillos.

La historia corrió por las calles como un torrente de agua sucia. Cuando fueron a recoger a sus respectivos hijos, Severino Durán y Mariano Beltrán se miraron frente a frente, sin cruzar ni media palabra. No lo necesitaban. Cada cual iba a tomar sus propias medidas.

Berto no apareció por la escuela en diez días, y cuando lo hizo, apenas podía sentarse. Todavía se le notaban los moratones.

Max sí acudió al día siguiente al colegio, con la cabeza alta, impostando una dignidad que no sentía ante la mirada curiosa de sus compañeros. Su padre no le tocó, pero tampoco quiso oír su versión. Como castigo solo pronunció unas palabras que le cortaron más profundo que la cuchillada del brazo. «Nunca te enfrentes a esa clase de gente, Max, porque tienes las de perder. Siempre».

La rivalidad creció con ellos y alcanzó un nuevo hito cuando Berto se libró del servicio militar gracias a un dudoso informe médico de pies planos. Max, en cambio, como casi todos los jóvenes, no tuvo más remedio que irse de su casa durante dos años. No es que lo pasara mal en ese tiempo; de hecho, desde la distancia, recordaba aquellos meses destinados a la Batería de San Andrés en Santa Cruz de Tenerife con gran cariño. Salvo por la disciplina, que siempre le costó aceptar, fue una época donde comió caliente dos veces al día, hizo ejercicio y conoció grandes amigos y amores.

Pero cada vez que se cruzaban por la calle las palabras de su padre le envenenaban la sangre con la confirmación de una sospecha, de algo que veía en los saludos solícitos

que la gente le rendía a los Beltrán, en las sonrisas del cura, en las actitudes del pueblo en general. La asquerosa realidad de que, por el hecho de tener dinero, Berto no estaba sujeto al mismo rasero que los demás. Esa certeza de injusticia hacía que Max no pudiera verle sin sentir la tensión en los hombros, sin tener ganas de darle un puñetazo. Algunos lo llamaban envidia.

Cuando se giró de nuevo, todavía con la rabia en la mandíbula, Berto ya caminaba plaza abajo, en dirección al horno de Cayetana.

—Hasta luego, Maximiliano, no te veré en misa, ¿verdad? —gritó de espaldas con la mano que sujetaba el cigarrillo en alto y la otra mano en el bolsillo de su impoluto traje *beige*.

—Estirado de mierda —masculló.

—Eh... ¿Me devuelves el porrón, Max?

Miró sin entender a Toni, y entonces cayó en la cuenta de que su mano izquierda seguía aferrada al porrón, cerrada en garra.

Volvió la vista para comprobar sus sospechas acerca de la trayectoria seguida por Berto. Justo cuando este llegaba a la puerta del horno, Cayetana salió a la calle dando un saltito. Ya no llevaba el mandil de pastelera y se había arreglado un poco. A Max le pareció ver una sonrisa tímida en su cara. Con las manos juntas sobre la falda y la cabeza inclinada, rezumaba dulzura y humildad. Esa no era la Cayetana que él conocía. Escupió al suelo. Berto, que había mantenido las flores a la espalda, se las entregó, y ella se hizo la sorprendida.

Se le estaba revolviendo el estómago. Quería apartar la mirada, pero hay algo magnético en el propio

sufrimiento que atrapa, que inmoviliza. Berto le indicó con una reverencia el camino a la iglesia y ambos se encaminaron hacia el fondo. Max carraspeó otro gargajo en la garganta.

Antes de que pudiera escupirlo, un resplandor amarillo le hizo tragarse la flema. En el moño recién arreglado de Cayetana, una de sus aliagas sobresalía entre sus mechones color miel.

4. *The Unforgiven.*

Los párpados de Max pesaban tres kilos cada uno. Una lluvia opaca martilleaba el cristal del coche y los limpiaparabrisas, con su mala imitación de péndulo de un reloj viejo, apenas si conseguían desalojar el agua, la cual borraba todas las formas y los transeúntes alrededor. Apagó la calefacción del coche y abrió un poco la ventanilla, buscando algo de aire fresco. Tenía la boca seca y una corona de púas clavadas en la frente. No dormir le estaba pasando factura. Las luces de los semáforos y de los intermitentes se refractaban en el cristal, derritiéndose en líneas de colores que se escurrían resplandecientes por el parabrisas y que le herían los ojos. Se masajeó la sien con un bostezo y encendió la radio, y las primeras notas de *Unforgiven II* irrumpieron en el coche.

Sento le sugirió que le esperara en doble fila; total era recoger el encargo y salir. Pero tras haber aguantado el tráfico infumable de las calles del centro de Valencia, ciudad que colapsa cada vez que llueve, quería aprovechar el viaje para buscar un libro de rutas, bien para aumentar su enorme colección, bien como regalo de navidad para su padre.

Delante de él los coches se amontonaban unos sobre otros. Como si alguien hubiese pausado desde un mando la escena, nada ni nadie se movía, a pesar de que los semáforos estaban en verde. Un destello vino a su mente: giraría por la calle Quevedo hacia Guillem de Castro, y allí

podrían aparcar en la FNAC. El intermitente comenzó a sonar, a la espera de que el coche de delante se moviera apenas lo justo para permitir el paso a su viejo Ford. En la angosta calle de Quevedo la farola que tenía como labor borrar la penumbra fracasaba con un titilar de su bombilla agónica.

No estaba seguro de si era buena idea o no; tuvo que decidir en el segundo que dura un intermitente, en el segundo que vive una gota desde que nace en la nube y se muere contra el asfalto. En ese segundo, decidió entre seguir el lento curso del tráfico hacia el aparcamiento de San Agustín o girar y cerciorarse si la suerte estaba de su lado.

Giró.

Las alcantarillas rezumaban agua sucia, y una pátina de lodo lamía la goma de los neumáticos que partían en dos con su lento avance el agua estancada en las calles de una Valencia sumisa bajo el látigo de la gota fría.

Max se inclinaba hacia delante, con la vista fija en el borroso asfalto. De pronto, un balón de plástico de color flúor se materializó en su campo de visión y dio dos, tres botes delante del vehículo. Sento estiró su pierna derecha y presionó el fondo vacío de su parte del coche, aplastando la nada contra la alfombrilla de goma. Sento frenó el coche. Pero Sento no conducía.

Max pisó el pedal, con un suave toque primero, a fondo después. El coche se paró. Un segundo tarde.

Un segundo tarde.

Un golpe. Un bache. *«El balón se ha debido reventar debajo de la rueda»*, pensó. El coche se detuvo solo un metro más allá. Solo un metro. Solo un metro. Solo un segundo de más.

—Max —balbuceó Sento.

«Un metro, el coche se ha parado, el balón se ha reventado, creo».

—¡¡Max!! ¡Reacciona! —gritó Sento forcejeando con su cinturón.

Se giró hacia él sin entender, sin oír, manteniendo las dos manos en el volante. Solo pudo reparar en los globos oculares tan exageradamente sobresalientes de la cara desencajada de su amigo. Le parecieron blandos y gelatinosos, a punto de reventar.

—El balón... Se ha reventado —musitó.

—¿Qué dices? ¿Qué balón? ¡No era un balón, nano, no era un balón!

Max volvió a mirar hacia delante, mientras Sento gritaba algo ininteligible y estiraba salvajemente de la manecilla de la puerta del copiloto. Observó sus propios nudillos, blancos, agarrotados, aferrados todavía al volante. Recordó que si quieres saber cuántos días tiene un mes, solo tienes que empezar a contar desde el primer nudillo de la mano izquierda, por enero. Si el mes cae en nudillo, tiene treinta y uno, y si cae en el espacio entre dos, treinta. «*Menos febrero, claro*», pensó mientras soltaba su cinturón y abría su puerta.

El agua se le coló en el calcetín a través de la lona de las zapatillas. Rodeó el coche por delante mientras notaba las perneras de sus vaqueros absorber todo el líquido helado de los charcos. La lluvia le punzaba a través de la sudadera. Se paró, y miró hacia el asiento de detrás, pensando si debería ponerse la chaqueta.

Un rumor de estampida creció a su alrededor. Un zumbido de miles de abejas yendo hacia él, apuntándole con sus aguijones. Y entonces dejó de estar sordo y ciego, y oyó los gritos, la gente, los lamentos. Una mujer, la dueña del balón probablemente, estaba arrodillada al lado de la

rueda derecha de su coche. Ella no lloraba, no gritaba. Era la distorsión de una imagen congelada en un televisor. Como el mismo Max.

Sirenas de ambulancia, al fondo. La calle estaba anegada, de agua, de personas, de lágrimas, de miedo, de chillidos. Gritos, gritos. Gente y gritos. Todos a su alrededor, gente que se asomaba de las tiendas, de los patios, descolgándose por las ventanas, saliendo de las alcantarillas, todos a su alrededor, gritando. Un derrumbe de cemento húmedo y gris le golpeaba los hombros, y le empapaba el pelo castaño. Entre todos los charcos que disimulaban el asfalto, uno más oscuro, más denso; una flecha negra y sinuosa que se movía serpenteando hacia su pie.

En algún momento la policía llegó. Eran dos agentes, aunque le parecieron uno y medio. Le pidieron que soplara. Max vio al bajito mirar a su compañero y negar con la cabeza. El alto le dijo lo que ya sabía, que no había rastro de alcohol en el aliento. El policía siguió preguntándole cosas, y Max intentaba contestar y apartar de su mente el hecho de que le recordaban a los personajes de una comedia de los ochenta.

—Señor Durán, ¿entiende usted la situación?

No, no entendía la situación. No entendía cómo había ocurrido, si él solo iba a acompañar a su amigo Sento a por un mapa, para una chica que le gustaba. Si él solo iba conduciendo, despacio, intentando salir de ese puto atasco. Si él había frenado, él había frenado. Tarde. No, no entendía la situación, no entendía una mierda.

Estuvo retenido en comisaría cuarenta y ocho horas. A Sento le tomaron la declaración y le dejaron marchar. Al cruzarse en aquel pasillo pintado de gris tubería, su amigo le dijo algo que en el momento no entendió, pero que

luego dedujo tenía que ver con sus padres una vez los vio aparecer.

Su padre vestía unos vaqueros negros y una camisa de franela por debajo de la cual asomaba el pijama. Su madre iba más arreglada, y, sin embargo, Max la veía rara, como si su cara no fuera la suya de siempre. Había algo extraño. Discordante. La miró largo rato fijamente, intentando averiguar qué era. De repente dio una sonora palmada a sus vaqueros, que hizo que el policía barbudo que le estaba tomando declaración por enésima vez levantara su ceja derecha. Su madre no llevaba pendientes. Eso era. Seguramente era la primera vez que veía a su madre sin pendientes.

Siguieron las preguntas, y él contó la historia, la simple historia, una y otra vez. En algún momento llegó un abogado, un viejo amigo de la familia. Max lo conocía desde que era pequeño y sin embargo le fue imposible recordar su nombre. Esas cosas le pasaban a menudo. No se fijaba mucho en las caras, menos en los nombres. Nunca sabía si la gente con la que se cruzaba en el patio eran vecinos o repartidores de propaganda.

El sol del mediterráneo había exterminado hasta el último rastro de lluvia cuando al tercer día emergió de la puerta de la comisaría. Como si fuera Jesucristo. En todo ese tiempo no lloró ni una vez. Algo del *shock*, le dijeron.

El balón reventó debajo de la rueda. No llegó ni al hospital. El abogado les dijo nada más salir, con una sonrisa impropia, violenta y babosa, que no tenían de qué preocuparse. «No tienes de qué preocuparte», le repitió despacio a Max, confundiendo su asco con temor.

—Llovía, ibas a la velocidad recomendada, sin una gota de alcohol en sangre, surgió de entre dos contenedores, en una calle mal iluminada e inundada, detuviste el vehículo para asistir a tu deber de socorro. Lo hiciste todo bien, hijo, te exculparán.

Oyó las palabras que aquel familiar extraño pronunciaba, con su asquerosa saliva quedándose en las comisuras, casi relamiéndose, como si ya hubiera ganado el juicio.

—Excepto una cosa.

—¿Cómo dices? —se giraron al unísono el abogado y sus padres.

—Digo que lo hice todo bien, menos una cosa —continuó al ver la cara de incompreensión de su público—. Atropellar a un bebé no estuvo bien, ¿no cree?

La madre de Max se tapó la boca para ahogar un quejido que escapó igualmente de su interior. Su padre la sujetó por los codos, temiendo que se desmayara. El abogado le clavó su mirada, sin saber cómo borrar la inapropiada y pasmada sonrisa de la parte inferior de su cara.

Max se puso las manos en los bolsillos, se giró y comenzó a caminar, tarareando la canción de Metallica que resonaba en sus oídos desde hacía tres días, ajeno a la llamada angustiada de sus padres.

«Lo hiciste todo bien, te exculparán». Los demás, los jueces, la sociedad, le exculparían. Pero él, no. No a sí mismo. Y desde luego tampoco le exculparía la dueña del balón.

A pesar del desprecio que sentía, Max se dejó colgar de la cruz de madera, y entregó gustoso sus hilos a sus padres y

al abogado para que le ordenaran los gestos, para que le hicieran mover la boca, que abría y cerraba según le indicaban, para hacer lo que le dijeron que era necesario hacer.

Acudió a un psiquiatra, por indicación del letrado para poder argumentar depresión. Para documentar el remordimiento. Como si no fuera real. Como si no fuera una piedra del tamaño del Stonehenge atada a su espalda. Un ancla de hierro en el fondo de su estómago. Dos pinzas metálicas que le impedían cerrar los ojos por la noche. Un fantasma que se sentaba a jugar a la pelota a su lado. Un sonido de golpe y reventón que repicaba una y otra vez en sus oídos.

Todo el mundo le dijo que algún día pasaría todo. Las vistas, el juicio. Las sesiones con el psiquiatra que se empeñaba en recetar pastillas de colores que Max no tomaba.

—Cuando pase, todo volverá a ser como antes —le repetían sus padres, Elia, sus amigos.

Cuando todo pase, la vida seguirá. Después.

Idiotas. Ilusos. No había después. La vida seguiría para otros. No para el balón. No para su dueña. No para él. Para él solo habría, para siempre, un frenazo. Uno que no llegó a tiempo.

5. Luna llena.

Aquella tarde, la tarde que todo cambió, el verano estaba a diez días de emprender su viaje anual y dejar su sitio al siguiente inquilino. Pedaleaba cuesta arriba por la calle del lavadero, despacio, en parte porque no tenía prisa, y en parte porque estaba cansado de su jornada en el molino. La luz amarilla que acompañaba el día mutaba hacia el morado y rojo del ocaso. Max se deleitaba con semejante paleta de colores del cielo limpio cuando, al fondo de la calle perpendicular, apareció Cayetana.

Iba sola, y cargaba con varios paquetes y bolsas. Llevaba una chaqueta de lanilla abierta sobre la ropa de trabajar, delantal incluido. De su habitual recogido se escapaban mechones agotados tras el día de trabajo, enmarcándole el óvalo de la cara arrebolada. Aún desde lejos Max observó cómo su pecho subía y bajaba por el esfuerzo del peso. Se quedó tan absorto que casi se cayó al pisar una piedra con la rueda delantera. Embobado observaba los pliegues de su falda azul marino, el reflejo del último sol alumbrando su cara, sus brazos de músculos enjutos pero fuertes alrededor de las bolsas. «¡Las bolsas!». Era una oportunidad de oro para acercarse a ella. Aceleró el paso, justo cuando ella levantaba la vista en su dirección. La vio alzar un poco el mentón, y ponerse bien recta. «Orgullosa como siempre, esta Cayetana». Pero Max creyó reconocer aún en la distancia, y a pesar de la engañosa luz

del atardecer, que una de las comisuras de su boca de fresa se movía involuntariamente hacia arriba.

—¡Cayetana! ¡Qué cargada vas! Déjame ayudarte.

—No, no, no te preocupes, Max, yo puedo. Yo puedo sola —lo dijo con empeño, frunciendo un poco el ceño, como una niña pequeña que quiere atarse los cordones por primera vez.

—Venga, déjame ayudarte, qué clase de caballero sería yo si no ayudara a una damisela.

—En peligro, no te fastidia este. —Y con un bufido se apartó los mechones de la cara.

—Va mujer, no seas cabezota... ¿Para dónde vas?

—Para la casa de la Paquita, a llevarle unos encargos. —Se detuvo para coger aire. Inspiró hondo y con el reverso de la mano se secó el sudor—. Bueno, pues, si puedes, coge el saco de harina tú, que pesa lo suyo.

—El saco y este paquete.

—¡Quita esas manazas! El paquete son pasteles, seguro que los chafas. — Y giró la cintura grácilmente apartándose de sus manos—. Coge mejor esta bolsa, que ahí va el pan, y aunque se te rompan un poco no pasa nada.

Max acomodó el saco de harina en la parte de atrás de la bicicleta, y lo amarró bien con unas cuerdas. Debía pesar unos diez kilos.

—¡Esto pesa mucho para ti!

—Qué va a pesar, en el horno cargo sacos más grandes. Tú, que eres muy flojo.

Max se llevó una mano al pecho y puso cara de pena.

—Tu comentario es como un cuchillo lanzado directo al corazón, mujer.

Cayetana dejó los ojos en blanco y siguió andando. El crepúsculo estaba en pleno esplendor e invitaba al silencio. Las calles aparecían tranquilas; pasadas las interminables noches de verano la gente empezaba a recogerse pronto y desaparecer en el abrigo de sus casas de piedra.

—¿Y qué tal por el horno?

Max hinchó los carrillos, repreniéndose mentalmente por la simpleza de la pregunta. Tendría que haberle hablado de los colores del atardecer, de cuán bonita se veía con el pelo despeinado. De que todos los días daba una vuelta al pueblo para pasar por delante de la panadería después de ir a trabajar, aunque había caminos más cortos del molino a su casa, y aún a pesar de que muchas veces no llegara a verla por no estar en el mostrador. De que la noche de las fiestas que bailó con ella había sido la mejor de su vida.

Fue una noche fresca, esa del seis de septiembre de 1957, noche de verano de montaña, de las que se echa en falta una chaqueta a partir de las diez. La gente disfrutaba de una cena de sobaquillo² en la plaza del pueblo, organizada por la comisión de fiestas. Después venía el baile, que todos los jóvenes, y no tan jóvenes, anhelaban.

² Cena de Sobaquillo: En Valencia, es habitual en ambientes de fiesta que la gente se reúna en bares o locales sociales, pero lleve sus propios bocadillos o platos.

Había amanecido con algunas nubes de tormenta, pero a partir de mediodía el cielo se mostró limpio y despejado, por lo que finalmente, tal y como anunció el bando, el evento seguiría adelante.

Los carteles de la orquesta Calipso se podían ver por todos los muros del pueblo, prometiendo un repertorio sin fin que agradara a «jóvenes de todas las edades, de cero a noventa y nueve».

La plaza del ayuntamiento lucía sus mejores galas, con farolillos y banderitas haciendo de falso techo. Tablones apoyados en caballetes de madera se vestían con manteles, llenando cada rincón. Los más tempraneros llegaron a las nueve, cuando el sol apenas se había empezado a ocultar. Poco a poco los vecinos se fueron sentando por afinidades, según calles, parentescos o amistades que se perdían en la historia del mismo pueblo. Por supuesto, había ciertas mesas reservadas que todo el mundo respetaba, en especial la mesa de las autoridades, con el alcalde y su señora, el cura del pueblo, el señor doctor y esposa, y el alguacil, así como la mesa de la comisión de fiestas, con los quintos, la reina de las fiestas y su corte.

Max llegó más o menos con el resto de su quinta, sobre las diez. Se sentaron todos juntos, primos y amigos de siempre. La mayoría ya tenían novia e incluso esposa, algunas antiguos amoríos de Max, recuerdos olvidados, cosas de críos que juegan a darse besos inocentes a la sombra de las higueras. Él no les prestaba atención. Si lo hubiera hecho, hubiese notado más de un gesto inquieto, algunos movimientos forzados para conseguir una mirada de sus profundos ojos azules, labios entreabiertos, miradas de soslayo buscando celos o nostalgia.

Sin embargo, la búsqueda que se veía en sus ojos tenía mucho más de presente y algo de ansia. La plaza ya estaba repleta, por lo que no era fácil localizar a alguien estando sentado. Max aprovechó que su amigo Miguel llegaba entre grandes aspavientos para levantarse y saludarle. Mientras fingía interesarse por sus andanzas con el camión que repartía el agua de la fuente Los Clóticos en Valencia, recorrió la plaza con la mirada, hasta que en la última mesa del fondo encontró el objeto de su pesquisa.

Rodeada de sus primas, Cayetana reía a carcajadas. Se veía encantadora con el pelo recogido en una coleta, un vestido rojo de pequeños lunares y un chal abrigado. Sus labios de mermelada contrastaban con su blanca piel, competencia de la luna llena que alumbraba el baile. Max se quedó ensimismado observando sus movimientos relajados, sin rastro de las prisas, el cansancio del horno o la escrutadora mirada de su padre.

No fue el único. Más de uno volvió la cabeza para ver a la hija de la panadera aquella noche, pero en especial hubo otro par de ojos que permanecieron fijos en la muchacha. Berto se sentaba cercano a las autoridades, como correspondía a su acaudalada familia. Desde ahí tenía mejor visión de la silueta de Cayetana, y de los pliegues de su vestido, entre los que soñaba meterse.

La cena transcurrió entre risas y porrones de vino con gaseosa. Hacia las once el alcalde se levantó y se dirigió al escenario. Tras el usual «*un dos, probando, probando*», que en la mesa de Max se llevó un coro de «*tengo los buevos colgando*», bajo la mirada fingidamente desaprobatoria de las féminas, el alcalde ofreció una perorata de las buenas, es decir, breve. En el discurso presentó las festividades, alabó al pueblo y a la reina de las

fiestas todo en la misma frase, con lo que economizó bastante tiempo, y dio por inaugurado el baile.

La orquesta se lanzó con el «pasodoble español», archiconocido y seguro éxito. Los más atrevidos, la mayoría con pareja traída ya de casa, empezaron a bailar, seguidos por todos aquellos mayores de cincuenta que todavía podían mover sus articulaciones. Los niños brincaban entre los adultos y jugaban a bailar. Los jóvenes desemparejados se quedaron sentados o titubeando en las orillas de la improvisada pista, tratando de reunir valor para sacar a bailar a alguna de las impacientes mozas.

Max charlaba con algunos amigos que preferían los *cremaet*³ a cualquier baile. Con el rabillo del ojo no dejaba de vigilar a Cayetana, no obstante. Sabía que era pronto, le quedaba aún algo de noche antes de que su padre le hiciera irse a casa. Lo sabía porque Don Julián parecía más que contento, más bien achispado, riéndose a carcajadas y palmeando la espalda de su hermano Jorge.

En algún momento percibió como se levantaba Berto, y supo con certeza hacia dónde se dirigía. Sonrió para sí. Era justo lo que estaba esperando. Si él, Maximiliano Durán Garcés, se acercaba con su única camisa de los domingos a pedir un baile a Cayetana, lo más probable es que recibiera un bufido de Don Julián. Sin embargo, si ella ya estaba en la pista, su padre no se atrevería a sacarla a rastras, siempre que su comportamiento fuera *decoroso*.

Como Max bien había sospechado, Berto fue directo a Cayetana, que seguía sentada en corro con sus primas, todas de edades parecidas. Las jóvenes anticiparon la maniobra, y comenzaron a reír en voz baja y a cuchichear tapándose la boca, mientras lanzaban miradas en dirección al muchacho. «Todo un partido», susurraban. «Tan guapo, tan elegante», musitaban.

Cayetana, con la espalda bien erguida, esperaba, plenamente consciente de que los ojos de las comadres del pueblo estaban posados en ella y en Berto. Serena y tranquila, como la luna llena. Nadie podía tacharla de comportamientos impropios; muy al contrario, todo el mundo sabía lo trabajadora que era y cómo se había hecho cargo del horno y de su padre desde que su madre había faltado. Las crítonas del pueblo no podían hablar gran cosa de ella, salvo quizás de su orgullo, «el mismo que tenía la difunta, que en paz descanse». Sí, ellas intuían que bajo su rostro amable y su sonrisa servicial, Cayetana se burlaba de ellas y despreciaba sus habladurías. Notaban que la muchacha se creía por encima de ellas, de todos, con esa forma de andar enérgica, siempre con la cabeza alta... Pero nada en sus palabras así lo indicaba, y por tanto no podían nada más que criticar en *petit-comité*.

Cayetana conversaba con sus primas, y evitaba deliberadamente mirar en dirección a Berto, que andaba lento a su encuentro. Las más jóvenes de sus primas estaban rojas y reían sin control. Ella, lejos de sentirse incómoda, bromeaba entre susurros para delicia de todo el grupo.

Por fin, Berto alcanzó el corro. Cayetana, sentada justo enfrente de donde él estaba parado, disimulaba con la cabeza girada hacia su prima Alicia, como si no se diera cuenta de la presencia del muchacho. Carraspeó Berto, y ella, con un estudiado gesto, lento,

³ Café con ron quemado, típico de la región.

armonioso y gatuno, volvió la cabeza, a la vez que situaba su cola baja coquetamente sobre su hombro.

—Buenas noches, Berto, qué elegante has venido.

—Buenas noches, Cayetana. Eh, tú también... Estás muy guapa, muy elegante, es decir...

Berto se restregaba las manos. Toda su seguridad, todo su liderazgo y arrojo natural, el respeto que notaba le tenían todos los demás... Todo se desarmaba cada vez que hablaba con esa muchacha, y ella agitaba su mar de pestañas, y sonreían sus comisuras, burlonas siempre. De repente fue consciente de que ella y todas sus primas tenían su vista clavada en él, esperando a que dijera algo.

—Eh.

Cayetana arqueó una ceja.

—¿Quieres bailar? —dijo al fin.

Se alisó una arruga inventada del vestido, lenta y concienzudamente, y tras unos eternos instantes para Berto, entre risitas de sus primas, Cayetana musitó: «Bueno».

Berto suspiró aliviado. Si aquella chiquilla le hubiese rechazado delante de todo el pueblo no hubiese podido soportarlo. Un bueno no era un sí, pero tampoco era un no. Era algo así como un me da igual, estoy aburrída, y tu presencia me resulta lo suficientemente tolerable como para ir a bailar contigo. Berto no era tonto, y sabía todo eso. Conocía cómo era aquella niñata, con sus aires de superioridad, pero no le importaba. Ya tendría tiempo de domarla, de enseñarle a tragarse el orgullo. Compuso una sonrisa que levantó un suspiro audible en media plaza, y tendió la mano a Cayetana para ayudarla a levantarse.

Ella la ignoró y se incorporó despacio, aunque sí amarró su brazo para ir hacia la pista, mientras miraba distraída hacia otro lado. No se le ocurrió pedir permiso a su padre, sabía de sobra que no le importaba. Don Julián la animaba a que pasara tiempo con Berto. A la salida de misa, cuando él iba a la pastelería, en las ocasiones en que «casualmente» pasaba por su casa... Tenía claro que su padre quería lo mejor para ella, y la familia Beltrán tenía perras. De eso se trataba, más allá de que al padre de Cayetana le cayera bien o no. Su padre estaba dispuesto a pasar por alto los modales refinados de Berto, sus manos sin callos y sus ojos sin bolsas ni ojeras. Don Julián podría pensar que eso no era un hombre como él, uno de verdad, curtido de trabajar de sol a sol, pero desde luego le daría mejor futuro a su pequeña que el viejo horno. Uno más tranquilo, menos cansado. Uno que no hiciera que le doliera la espalda de pasar tantas horas de pie, ni los brazos de cargar sacos. Uno que no hiciera que se enfermara, como pasó con el amor de su vida.

Cayetana no era tonta, y sabía todo eso. Pero le daba igual. A ella le gustaba trabajar en el obrador, tenía una mano espectacular para los pasteles y el dulce. Le encantaba levantarse de noche, antes incluso de que llegara la madrugada, aunque fuera invierno y el frío se le metiera en los huesos. Adoraba la sensación de llegar al horno y sentir el calor del lugar. Amasar el pan. Y una vez puesta en marcha la hornada, dedicarse a los dulces. Le gustaba trabajar con su padre, y verlo manchado de harina. Ella no quería dejar el negocio familiar, a pesar de que solo diera para comer y vestirse. No necesitaba un futuro mejor. Tenía en las manos el futuro que quería. Trabajar entre masas, con su padre, mientras él pudiera.

No obstante, Berto era simpático, interesante a su manera, porque había viajado más que el resto del pueblo junto. El dinero le ayudaba a comprar ropa distinguida, y a tener ese aire de señor por el que muchas suspiraban. Se sabía envidiada, dado que su interés por ella era evidente. Él le traía algún regalo cuando iba a Valencia, casi siempre pañuelos o algún bordado. Nada demasiado caro que pudiera significar algo más; algo por lo que Don Julián se sintiera obligado a pedir explicaciones. A ella le gustaba sentirse deseada, como a cualquiera. Además, la compañía de Berto, con sus historias sobre la ciudad, la entretenía. Le gustaba arreglarse y pasear de su brazo, bajo miradas de alfileres de otras niñas y sus madres, mientras él le contaba cosas de otros lugares. Y quizás luego comer almendras garrapiñadas en algún banco de la plaza.

Pero no soñaba con él por las noches. No le daba un vuelco el corazón cuando oía su nombre. Y no tenía mariposas en el estómago cuando sabía que iba a verle. Esas tres cosas eran la definición de amor que su madre, ya exhausta, le había dado siendo ella todavía púber, en tanto le tomaba con su fría y casi transparente mano.

Se situaron enfrente de la orquesta, que tocaba *La vie en Rose* y comenzaron a bailar. Berto no se pegaba mucho, por respeto y por miedo, a partes iguales, tanto de Don Julián como de Cayetana. Aún le dolía en la mejilla y en el orgullo aquella tarde de primavera cuando, creyendo que tenía vía libre, se envalentonó debajo de un árbol y en lugar del dulce beso que esperaba recibió una sonora y dolorosa bofetada.

Danzaron un par de canciones, entre sonrisas corteses, conversaciones cortas y algún silencio. Comenzaba la tercera, un bolero de Machín, cuando Berto sintió una mano en su hombro.

—¿Me permitirías este baile?

Berto se giró habiendo reconocido la voz de Max, e, intentando disimular sin suerte las ganas de estamparle un puñetazo a semejante insolente, contestó:

—Bueno, no querría importunar a la señorita.

—Ah, me has malinterpretado Berto, le decía a Cayetana que si me permitía bailar con ella, no contigo. Pero oye, que luego si quieres bailo contigo también, claro que sí. —Y con un guiño se interpuso entre él y Cayetana, tomando de la mano a esta y apartándola suavemente.

Berto quiso protestar pero no se le ocurrió nada que no incluyera armar un escándalo.

—Ahora vuelvo, ¿querrías algo de beber? —dijo con un sonoro resoplido.

—No, no, estoy bien Berto, gracias, ahora nos vemos.

Max aprovechó esas últimas palabras para agarrarle de la cintura, y acercarse más de lo que Berto jamás hubiera osado. Tras su marcha, todo el orgullo de Cayetana empujó su mentón hacia arriba.

—¡Pero bueno! ¿Es que yo no tengo vela en este entierro? ¿No deberías haberte esperado a que respondiera si quería bailar contigo?

—Tienes toda la razón, pero es que me ha parecido que necesitabas un rescate. ¿Me concedes este baile?

—Te agradezco tanto desvelo por mi persona pero yo soy de las princesas que se rescatan solas. Tienes suerte de que no te deje en ridículo delante de toda esta gente, que por cierto no nos quitan ojo, y te plante aquí en medio de la pista.

—No sabes cómo te lo agradezco, no podría soportar semejante humillación —dijo Max con un amago de bostezo.

Cayetana hizo una mueca arrugando la nariz. Pero continuó bailando con él. Desde luego Max era mucho más divertido que Berto, y, tenía que reconocer que, a su gusto, más atractivo. Es cierto que Berto tenía pinta de señor, con sus chaquetas de corte americano y sus pañuelos, pero el pelo revuelto de Max y sus hoyuelos guasones eran puntos difíciles de superar.

Era la primera vez que estaban tan cerca. Notaba su mano rugosa, cuyo tacto áspero le recordaba a la de su padre. El olor a loción de afeitar Varón Dandi le impregnaba la pituitaria, borrando todo rastro del perfume francés de Berto. Se sorprendió a sí misma saboreando la envergadura de su espalda, la fortaleza de sus hombros, trabajados a base de sacos de harina, al igual que los suyos. La amplitud de esos brazos que la envolvían, entre los que se sentía diminuta. Cuando levantó su mirada hacia los penetrantes ojos azules de Max, algo revoloteó en el interior de Cayetana, y no precisamente en el estómago como su madre le había dicho.

Por su parte, Max confiaba en el efecto que solía causar en la mayoría de las féminas, mas no podía evitar sentirse algo inseguro, porque Cayetana era cualquier cosa menos parte de la mayoría. No era su orgullo, ni sus fingidos desaires. Podía manejar todo eso. No, era algo más. Algo que se le aposentaba en el pecho cada vez que ella le sonreía, algo que hacía que no pudiera dejar de recorrer la curva de su cuello, algo que le robaba el aliento como después de recorrer diez kilómetros en su bicicleta.

Se mecieron en silencio, con la vista fija el uno en el otro, notando el roce de sus ropas, y el calor de los cuerpos que palpitaban debajo, hasta que, con el rabillo del ojo, Max vio al padre de Cayetana interrumpir su conversación con su hermano y mirar en su dirección. En unos segundos se la llevaría, la apartaría con cualquier excusa, o sin excusa. Y que no le cayera algún guantazo por el camino.

Intentó concentrarse en el instante, en el olor a bollo de canela que exhalaba su cabello, en esa palma suave apoyada en su hombro, próxima a su cuello. Con la mano que ceñía su cintura memorizaba el suave tejido del vestido de lunares, en tanto adivinaba tras el nacimiento del canalillo unos pechos generosos. Subió de nuevo la vista, y se encontró con esos ojos de almendra que le miraban, melosos, ronroneando, y sus labios de guinda entreabiertos.

Percibió movimiento en la mesa del padre de la criatura, y supo que se le acababa el tiempo. Apretó los puños y los abdominales, como hacía cada vez que se enfrentaba a algo que le daba miedo. Antes de que llegara el temido progenitor, le espetó:

—Te espero en veinte minutos en la higuera al final del camino del lavadero.

—¿Qué? —Cayetana abrió tanto los ojos que Max cerró los suyos, esperando una bofetada.

Sin embargo, la bofetada no llegó, aunque la cara de Cayetana variaba entre la sorpresa y la indignación.

—¿Tú estás majara? No pienso acudir a ningún sitio.

Max sopesó la mirada de Cayetana. Sí, quizás se había molestado, pero no tanto como quería aparentar. Sus mejillas estaban ruborizadas, pero Max juraría que no era enfado,

porque no había hecho ningún ademán por zafarse de sus brazos, ni de dejar de bailar con él. Max sacó sus hoyuelos a pasear.

—Sí, te veo allí, reina... Y te cuento un secreto. —Y con un guiño pícaro, se separó de ella, le hizo una exagerada reverencia, y se marchó de la pista, justo en el segundo que Don Julián llegaba con cara de animal salvaje a proteger a su cría.

—¡Cayetana! ¡Tira para la mesa!

—Justo donde iba, padre. —Y con la cabeza bien alta se sentó con sus primas, sin dar lugar a ninguna escena.

Cuando Cayetana se dejó caer en la dura silla de madera, sus primas la cercaron con sus cuchicheos y risitas sobre los dos pretendientes. Antes de contestar, levantó su mirada al reloj de la plaza. Las once y treinta y ocho. En veinte minutos.

¿De verdad le había citado de manera tan indecorosa? ¿Y acaso pensaba que acudiría? ¿Qué diría la gente si alguien los viera? ¿Y si su padre la pillara siquiera intentando irse sola de la plaza? No quería ni pensarlo.

En tanto sus primas se deshacían en murmullos, Cayetana intentaba atisbar la mesa de los amigos de Max, pero no lo vio allí, ni en ninguna otra, ni en la barra, ni en la pista. Debía haberse marchado ya. Un zarandeo de su prima Alicia le sacó de su ensimismamiento.

—¡Prima! ¡Qué te has quedado boba!

Las carcajadas del resto acompañaron el comentario. Cayetana, volvió a colocarse la máscara de sereno desaire, y, acomodándose el pelo sobre el hombro, sentenció:

—Para nada.

—Ya, ya, pues bien, que te has quedado mirando a mi compadre el Maximiliano...—rio Sara, la mayor de sus primas, de la misma quinta que él.

—No sé qué decirte, la prima se ha colgado del brazo del Berto primero —dijo María.

—Es tan buen mozo... Y tan elegante... —Entornaba sus ojos de adolescente Alicia, su prima más joven.

—Demasiado señoritingo para la prima. A ella le van los hombres rudos, ¿o no, prima? —intervino de nuevo Sara.

—Pero mira que os gusta cotillear. No me gusta ninguno de los dos.

—Eso díselo a tu padre guapa, a nosotras no nos engañas —se burló María, que por las tardes ayudaba en el horno, y tenía localizado los paseillos de Max por delante de la puerta.

—Pues yo no sé cómo si quiera puedes mirar al Max, teniendo a Berto como lo tienes, comiendo de tu mano —dijo Alicia.

—Tú eres muy cría aún, Alicia, y no entiendes que a las mujeres los hombres tan relavados no nos prenden la candela —dijo Sara al mismo tiempo que se abanicaba entre las piernas, lo que provocó un escandalizado grito general.

Cayetana rio con las demás, y de reojo seguía mirando las manecillas avanzar. «No voy a ir. Qué se ha creído ese, que voy a dejarle que me sobetee... Un secreto, dice. ¿De verdad se cree que voy a caer en esa estupidez?».

Sus primas seguían rumiando y haciendo comentarios entre dientes, cada una con sus preferencias. En general las Menéndez, primas por parte de padre, más apocadas,

preferían a Berto, con argumentos que giraban en torno a su saber estar y su buena planta. Cayetana las miraba y leía entre líneas. «Lo que os gusta a vosotras son los duros que tienen él y su padre en el banco». Las García, más sanguíneas, se decantaban por Max, mucho más terrenal. Berto era guapo, al estilo de las revistas. Max era atractivo, como un gato salvaje. La rivalidad entre los dos era evidente desde hacía mucho, venía ya de lejos y de familia. El hecho obvio a los ojos de todo el mundo de que ambos andaban detrás de Cayetana solo hacía más interesante el duelo. Todo el pueblo lo sabía, todo el pueblo participaba de las apuestas.

Cayetana intentaba seguir las bromas con una sonrisa. En cualquier momento su padre y sus tíos se acercarían para acompañarlas a casa. Si acaso tendrían un poco de bula porque andaban un poco entonados. Pero si no ellos, sus tías pronto se cansarían y se llevarían a las niñas.

Las manillas del reloj avanzaban. Si quería llegar, tenía que tomar una decisión. ¿Acaso quería llegar? Era consciente que no debía ir, pero también sabía lo que las mariposas en la tripa le estaban diciendo. Cayetana no era tan cándida como alguna de sus primas; conocía lo que era un beso furtivo refugiada en alguna sombra. Incluso en alguna ocasión había permitido alguna caricia subida de tono de algún novio fugaz... Sin embargo, encontrarse con un hombre a escondidas, en medio de la noche, eso era harina de otro costal.

Entre el ruido de la orquesta y el alboroto de la gente, Cayetana oyó el segundero del reloj de la plaza como un disparo en la carrera.

—Sara, acompáñame a hacer pis.

—¿Ahora? ¿No eres mayorcita para aguantarte hasta que nos vayamos?

—No, no me aguanto —dijo cogiéndola del brazo y prácticamente levantándola a la fuerza—. Vamos para tu casa.

—Pero mujer, vamos a la tuya, o mejor a la de Alicia que queda más cerca.

—¡No! ¡Vamos a la tuya! —Y cayendo en la cuenta de que todas sus primas las miraban, clavó sus ojos en Sara y le dijo—: Y me das eso que me tenías que dar...

Sara entendió que algo raro estaba pasando, y le siguió el juego a su prima favorita.

—Vale, vale, niñas nos vamos un momento a mi casa, que le tengo que dar una cosa a la prima. Si pregunta el tío o alguien le decís que nos hemos ido a casa a por cosas de mujeres.

El grupo pareció respirar al unísono. «Cosas de mujeres» era palabra clave para que las mujeres no cuchichearan y los hombres se alejaran lo más rápido posible de una conversación que no querían en absoluto tener sobre la misteriosa naturaleza del sexo opuesto.

Sara y Cayetana salieron lo más disimuladamente que pudieron de la plaza, y aunque alguna mirada suspicaz les siguió, todo el mundo estaba demasiado animado, ya fuera por la música o el vino, o ambas, como para concederles importancia. Ayudó el hecho de que Sara le echara una rebeca por encima de los hombros a Cayetana, y esta se pusiera una mano a la altura de la barriga, fingiendo contener el dolor.

Ya a salvo en la media oscuridad de la calle, Cayetana dejó de andar encorvada y Sara recuperó su rebeca.

—Bueno, ¿me cuentas o qué?

—Ay, Sara, que... Que me tienes que acompañar a un sitio.

—¿Acompañarte? ¿Pero a dónde? No, perdona, la pregunta no es esa, prima. —Y una sonrisa traviesa asomó a los labios de Sara—. La pregunta es con quién.

—Con el Maximiliano —Cayetana no pudo evitar el rubor de sus mejillas, ni la sonrisa en los labios que mordía—. Que me ha dicho que me esperaba al final de la calle del lavadero en veinte minutos.

La carcajada de Sara alborotó el silencio de la calle.

—¡Chis!, ¿estás loca? ¡Que nos van a oír! —dijo Cayetana mirando para las ventanas indiscretas, donde las viejas se asomaban esperando ver o escuchar algo jugoso que comentar al día siguiente de la orquesta.

—Perdona —dijo limpiándose las lágrimas con la mano—. Mira la Cayetana, siempre tan digna ella... Y resulta que también le pica el chichi.

—¡Sara! ¡Por Dios! —y esta vez la vergüenza le tintó la cara.

—Prima, no te hagas la beata que no te pega nada. Pero tú que te crees, ¿qué eres la única que queda a escondidas? Si tú supieras... Muchas de esas niñas que se sientan con las piernas tan juntitas en la iglesia lo hacen porque por la noche anterior perdieron las bragas en alguna era.

—¡Ay que ver, Sara! —y una risa nerviosa acompañó esta vez sus palabras—. ¿Me acompañas entonces?

—Pues claro que te acompaño, muchacha, aunque ya me hubiese gustado a mí que me tuvieras que acompañar tú a ver a ese mozo. ¡Qué hombre, prima! La mitad del pueblo está coladita por él. Qué suerte tienes, *jodía*.

Cayetana no contestó a su prima. Se concentró en la luna llena y en las estrellas. ¿De verdad era afortunada? De entrada, no sabía muy bien por qué estaba yendo a encontrarse con Max. ¿Qué le había impulsado a levantarse de la silla? Posiblemente el hecho de saber que no era lo que se consideraba lo correcto, lo que una señorita debía hacer. O quizás su prima tenía razón, y el hormigueo en su interior dejaba pocas dudas al respecto de sus sentimientos.

Demasiado rápido para lo que le hubiese gustado llegaron al final de la bajada.

Apoyado en una de las paredes de la última casona se adivinaba la figura de un hombre alto y corpulento. Por un momento, Cayetana sintió el escalofrío del miedo. Dos mujeres solas en un lugar apartado cuando todo el pueblo estaba en la plaza. La nube que escondía la luna llena pasó de largo, y la tenue luz devolvió el calor a las mejillas de Cayetana. Max esperaba mientras fumaba un pitillo.

—Ale, a pasarlo bien —rió Sara—. Yo os espero aquí, pero no tardéis más de veinte minutos y no os alejéis mucho, que me da un poco de miedo estar aquí sola. Así si grito porque vienen a aprovecharse de mí me oiréis; a no ser que el que venga sea Felipe, que aunque le llevo unos añitos, no me importaría enseñarle un par de trucos de cartas... —Y guiñando el ojo se acercó un momento a Max y le dijo—: Oye, hermoso, ¿que no me darás un pitillo de esos para que se me haga más corta la espera?

—Que sean dos, Sara, por perderte un rato la fiesta.

—Que sean dos, pero tú sé breve que no quiero que nos echen en falta y se arme la de San Quintín. Y encima me lleve yo una cruzada de cara por vuestra culpa, tortolitos.

Cayetana volvió a enrojecer, pero Max parecía cómodo. Se rio de la manera más natural, le hizo una reverencia a Sara y girándose hacia Cayetana le ofreció el brazo.

Sin darse cuenta, Cayetana aceptó el gesto y, bajo la mirada burlona de Sara, que ya se encendía el primer pitillo, se dejó llevar detrás de la casona abandonada.

Llegaron a la altura de la higuera y Max se paró en un banco de piedra que le había conocido más de una conquista. Intentó sentarse con actitud relajada, pero le falló el ángulo y poco le faltó para caerse de culo. Se recuperó a tiempo, restregó las palmas en el pantalón repetidas veces, y apretó los abdominales. «Venga que no tienes diez años, ni ella tampoco», pensó. Por primera vez en su vida no sabía cómo empezar. Él, famoso por sus escarceos, al que pocas mozas se le habían resistido. De normal, las chicas que llevaba a la higuera se mostraban bien descaradas, bien falsamente tímidas. Cayetana, sin embargo, se había apoyado en su brazo con naturalidad, y ahora estaba sentada tranquila, mirando las estrellas con los ojos bien abiertos.

Cayetana contemplaba el cielo con los ojos bien abiertos, porque mientras iba hacia el banco, le habían entrado todos los remordimientos. «Madre, si esto es de lo que hablabas cuando decías amor, hazme una señal». Pero nada había ocurrido. De momento. Por si acaso Cayetana no perdía pista del cielo. Además, tampoco se atrevía a enfrentar la mirada azul de Max, que notaba clavada en su rostro.

Max la observaba, cada vez más embelesado ante su rostro escrutador de estrellas. Se dio cuenta de que llevaban bastante tiempo callados, así que decidió romper el hielo. Pensó algo gracioso que decir, pero justo cuando abrió la boca, Cayetana giró sus grandes ojos y lo miró fijamente.

Cayetana se había dado cuenta de que llevaban bastante tiempo callados, así que decidió romper el hielo. Pensó algo interesante que preguntarle, y se giró. Se encontró con Max mirándola con la boca abierta, lo que confundió con un bostezo.

—¿Acaso te aburres? —dijo airada, y sus palabras sonaron más rudas de lo que había querido.

—No, no, eh, yo... Yo quería decirte...

—Un secreto, ¿no? Para eso me has traído aquí, es lo que has dicho en la plaza.

Cayetana parecía enfadada, Max no entendía mucho ese cambio de humor, pero un instinto primario de cazador le decía que estaba perdiendo la presa. Sabía que ante tal caso lo importante era reaccionar rápido, y tan rápido quiso reaccionar que no pensó bien que iba a decir. Y en un segundo lo estropeó todo.

—Qué fea te pones cuando te enfadas... —la última letra le salió con un suspiro, porque sabía que había metido la pata hasta el fondo.

A pesar del tinte azul de la luna que lo bañaba todo, el semblante de Cayetana se tornó carmín. Endureció la mirada y resopló. Aunque no se lo quiso confesar, la parte Menéndez, la mujer decente, la que sabía lo que diría la gente si supiera que se había visto con Max a oscuras, esa parte se sintió aliviada. Porque tenía una excusa para levantarse e irse con la cabeza alta. Porque era lo que debía hacer. Y así hizo, sin mediar más palabra.

Cayetana encontró a Sara sentada en un muro apurando el primer pitillo, al tiempo que balanceaba las piernas.

—¿Ya? —dijo su prima, ahogando la risa cuando se dio cuenta de la cara de enfado de Cayetana.

Max trastabillaba detrás de ella, intentando pedir perdón sin acertar las palabras.

—Cayetana, escúchame, ha sido una broma.

—Que me dejes.

—Venga mujer, no te vayas así. Déjame, que te diga lo que te iba a decir... —rogó Max mientras alargaba el brazo para alcanzarla.

—Ni me toques.

Subían la cuesta, Max deshaciéndose en excusas a sus espaldas, Cayetana ignorando su voz. Se daba cuenta de que había sobrerreaccionado, pero a esas alturas su orgullo no le dejaba ver otra solución. En realidad, no entendía muy bien cómo se había desbaratado todo así.

Casi habían alcanzado la parte de arriba de la pendiente. Cayetana sabía que lo estaba arruinando todo, echando a perder su oportunidad. ¿Su oportunidad para qué?, se preguntó. ¿Acaso era ella como su prima Sara? Cuando estaban en el banco, sentados el uno al lado del otro, sintiendo su respiración y su olor, había deseado... Sí, había deseado cogerle la mano, o que él la rodeara con sus brazos y la arrastrara a su pecho, sentir su aliento cerca de su oreja, como cuando estaban bailando; quizás, si tan solo le hubiese pedido un beso...

Su prima les seguía el paso a duras penas, con cara de no entender lo que estaba viendo.

Cayetana miró hacia la luz de la cada vez más cercana verbena. Otro paso más, un segundo más y llegaría al final de la cuesta, al principio del pueblo, de vuelta a la plaza, a las miradas de reojo de las alcahuetas, las señoras que ya la escrutaban en la iglesia juzgando sus faldas demasiado ajustadas y cortas, sus ademanes, siempre altaneros; un paso más y volvería al abrazo cálido pero asfixiante de su padre, que la empujaría suavemente con una sonrisa a otros brazos, a los de Berto, seguros pero fofos, a una vida acomodada, cuidando de hijos, siendo la señora «de». Sus pies se pararon en seco. Lo hicieron por cuenta propia, sin consultar a su dueña. El corazón le latía con fuerza, no por la proximidad de Max, que se había parado detrás de ella alzando una mano, pero sin atreverse a tocarla, sino por la posibilidad de una vida de matrona lejos de su obrador. Lejos de su padre. La «señora de». Perdería su apellido, su identidad. Se vio a sí misma sepultada debajo de una ropa comprada con el dinero de otro, sin delantal, y amasando pan para un marido que la miraría desde el sillón leyendo la sección de fútbol del periódico.

Sus talones se giraron. Lo hicieron también por cuenta propia, sin consultar a su dueña. Su cuerpo se estaba amotinando. No quería subir la pendiente. La vida que quería no estaba allá arriba. Tampoco a la sombra de la higuera. La vida que quería era la suya. El obrador. Su delantal. Su padre. Sus pasteles. Sus decisiones. Reparó en Max, que le devolvió estupefacto la mirada. La boca medio abierta, la mano alzada hacia ella y los ojos de cordero degollado le daban una expresión bastante boba, casi cómica. Ante semejante imagen, por cuenta propia, sin consultar a su dueña, su boca se rio.

Max abrió más los ojos y la boca, porque no entendía nada, cosa que hizo reír a Cayetana todavía más. Sara observaba la situación, intentando adivinar qué le estaba pasando por la cabeza a su prima. La cara de simplón de Max tornó a una media sonrisa, y sus ojos de pena a esperanza.

Una carcajada no podía ser mala, ¿o sí? ¿Se estaba mofando de él? Max, orgulloso también, en otra circunstancia hubiese girado sobre sí mismo, hubiese levantado la cabeza y emprendido el vuelo. Pero no pudo. Se quedó inmóvil. La verdad es que le daba igual que Cayetana se burlara de él. Pero, por favor, que no se enfadara, por Dios, que no se fuera.

—Lo siento —dijo Max, aunque todavía no sabía por qué se estaba disculpando.

Cayetana le miró y negó con la cabeza.

—No te disculpes, Max, que no va contigo. —Apartó un mechón de sus ojos, bajó la cabeza en un gesto de humildad extraño en ella, y dijo—: No sé qué me ha pasado... Estaba... Estaba nerviosa. —Se encogió de hombros, en tanto situaba su cola sobre su hombro—. Creí que te burlabas de mí.

Y con esas palabras toda la tensión que Max estaba conteniendo desapareció. Sara juraría que la vio evaporarse a la luna llena. Su postura cambió, sus hoyuelos volvieron a aparecer, y los rayos de luna se congelaron bajo su mirada celeste.

—Adiós al corderito —musitó Sara—, volvió el lobo. —Y silbando y pensando que su prima era una loca del coño de libro, se dio la vuelta y comenzó a caminar despacio hacia arriba de la cuesta, sin alejarse demasiado por si alguien les sorprendía.

Max dio un paso al frente. Notó sus músculos tensarse, la excitación creciendo en sus venas. Cayetana se quedó quieta, pero abrió ligeramente sus labios, dejando que el frío y la humedad de la noche le tocara la lengua que aguardaba detrás de sus dientes de nácar. Max tomó aire e impulso hacia delante.

—¡Viene alguien! ¡Caye, ven aquí ahora mismo! —avisó Sara llegando apresurada a donde estaban.

Cayetana y Max se miraron sin saber que decir.

—¡Venga, que ya bajan! —Y tiró de la mano de su prima para llevársela.

Instintivamente, Max alargó la suya, y en la penumbra encontró la izquierda de Cayetana. Sus índices se rozaron apenas, antes de que con un último empujón Sara la apartara, justo cuando dos de las viudas del pueblo llegaban a su altura.

—Buenas noches.

—Buenas noches —respondieron las primas.

Cuando las viejas llegaron a la altura del portal en el que Max se había refugiado, las escuchó comadrear.

—Hay que ver la hija del Julián como está de rebelde.

—Un poco descarada siempre ha sido, ya sabes. ¿Tú has visto como bailaba con el Berto y luego con el Maximiliano?

—Esta juventud...

Si te ha gustado, tienes la novela a un click de distancia en Amazon. Es [El Segundo de antes](#)